

marcaba la visible órbita que Jesús había de recorrer desde la Encarnación hasta la Cruz. Y porque es así continúa diciendo nuestro Beato:

«Guardémonos, sin embargo, de ver en esta dependencia algún rebajamiento o imperfección en Jesucristo, porque María, siendo infinitamente inferior a su Hijo, que es Dios, no le manda como una Madre terrena puede mandar a su hijo, que está por debajo de ella, sino que María, como está toda transformada en Dios, por la gracia y la gloria que transforma en El a todos los santos, ni pide, ni quiere ni hace nada que sea contrario a la eterna e inmutable voluntad de Dios.»

Y cuando ha explicado nuestro gran maestro, el porqué no es depresiva para la dignidad de Cristo esta dependencia, nos enseña cómo deben entenderse los textos de los santos y doctores en los cuales afirman que María impone su voluntad hasta sobre Dios con estas palabras:

«Cuando leemos pues, en los escritos de San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura etc... que en el cielo y en la tierra todo, hasta el mismo Dios está sometido a la Santísima Virgen, entendemos que la autoridad que Dios se ha dignado concederla es tan grande, que parece que Ella tenga el mismo poder de Dios y que sus oraciones y súplicas son tan poderosas para con Dios que valen como mandatos para la majestad divina, la cual jamás se resiste a los ruegos de su querida Madre porque Ella es siempre humilde y en todo está conforme con la voluntad del Señor».

Termina, por fin, el Beato Luis este párrafo 27, con una comparación de la que *a fortiori* se deduce la suprema potestad de María, en cuanto que ruega o manifiesta sus deseos delante de Dios. He aquí sus palabras:

«Si Moisés por la fuerza de su oración detuvo la cólera de Dios sobre los Israelitas, de una manera tan poderosa, que el Altísimo e infinitamente misericordioso Señor, no pudiendo resistirle, le pidió que le dejase encolerizarse y